

# Una maestra en la mesa electoral

Por GEIDIS ARIAS PEÑA  
Foto RAFAEL MARTÍNEZ ARIAS

Los ojos se le enrojecen y brotan lágrimas por el orgullo de saberse útil, porque es, a su manera, lo menos que puede hacer ante la felicidad que respira, esa que tantas veces Isabel Fernández del Valle añoró de niña en su natal Río Cauto y hoy agarra confiada como un derecho, no solo de ella, sino de todos los cubanos.

Fernández del Valle se siente segura de que nadie le arrebatará el pizarrón en el cual, hace 50 años, enseña Matemática, Español, Historia..., porque en la nueva Carta Magna la Educación se ratifica como un derecho de todos.

“¿Qué hubiera sido de mí, con las posibilidades mínimas de estudio, si no existiera la Revolución? No hubiera sido nadie”, dice.

El diálogo permite hojear el currículo en el que se desafía a sí misma: con un matrimonio de 50 años, tres hijos, la docencia, militante del Partido, autoridad gubernamental, responsabilidad en los Comités de Defensa de la Revolución...

Dentro de ese archivo memorable, atesora ser presidenta de la mesa electoral número tres, de la circunscripción 109, del consejo popular Francisco Vicente Aguilera, de Bayamo, donde reside hace varias décadas.

“Resulta un lugar decoroso en la sociedad, es confianza que me da la Revolución de poder desempeñar este cargo, y enseñar a los jóvenes, porque



en cada elección se defiende la moral de Cuba.

“Desde el año 1970, embarazada de mi hijo mayor, fui jefa de 22 enumeradores en el Censo de población y vivienda, después vino la primera reforma electoral en 1976 y desde entonces me desempeño como presidenta de una mesa electoral”, comenta.

Este domingo, tendrá, una vez más, la responsabilidad de dirigir el proce-

so a partir de una explicación oportuna y certera, no teme al desencuentro con el desconocimiento y la difamación de quienes no apuestan por el destino de este país.

“No imponemos nada a nadie, ni ideario ni voto, pues el voto es voluntario y secreto, algo que el pueblo hace por su conciencia”, refiere.

Estas son jornadas que también aprovecha para enseñar fuera de los salones protocolares y les explica a los

pioneros que “antes cuidaban las urnas los guardias de la tiranía, se las robaban, y cambiaban las boletas, así salía electo el de sus intereses y no el de los del pueblo”.

Por otra parte, considera que en la actualidad son imprescindibles cambios en la Constitución, porque había aspectos económicos y sociales del país que no estaban recogidos.

“Pero en ningún momento la Ley de leyes se ha apartado del ideario martiano”, destaca como una de las fortalezas del documento la defensa de lo planteado en el Programa del Moncada, escrito por Fidel.

“La Constitución beneficia al niño, a la mujer, a los ancianos,... y los artículos se corresponden con la expresión del Apóstol, Con todos y para el bien de todos”, resalta.

“Lo de menos es el sacrificio. Yo sí soy de la gente que coge lucha, cuando me dan una tarea, la hago bien. Estos momentos son decisivos. Esperamos que todo el pueblo dé el Sí”, recalca.

“No me tocó alzarme en la Sierra Maestra, por ser una niña, no fui brigadista, pues contaba con solo 10 años, pero yo estaba dispuesta a incorporarme a la Campaña de Alfabetización; lo único que siento es tener 67 años, y no 20 menos, para seguir en Educación”, concluye.

## Niños, no bayonetas

Por OSVIEL CASTRO MEDEL  
Foto LUIS CARLOS PALACIOS LEYVA

Han pasado 26 años, pero todavía recuerdo con nitidez aquel diálogo que, mediante la televisión, impactó a millones de personas. Ocurrió en el distrito José Martí, de Santiago de Cuba, entre el Presidente de la nación y un niño, jefe del colectivo del seminternado Manuel Isla.

Fidel, entonces nominado como candidato por la indómita ciudad, llegó junto a otros futuros parlamentarios a la escuela y, fiel a su costumbre, preguntó profuso sobre diversos tópicos vinculados con la enseñanza, la vida cotidiana.

El pequeño, nombrado Fernando Rojas López, le contestó con apresto y naturalidad varias de las interrogantes, algo que no solo asombró al Comandante en Jefe.

Varias semanas después, cuando el Líder de la Revolución fue a depositar su voto en las elecciones generales, encontró, vestido impecablemente de pionero, a Fernando. Y volvió a conmovirse al límite.

Fue tal el entusiasmo de Fidel que mencionó al pequeño en un discurso posterior, en marzo de 1993: “Qué limpieza la de nuestras elecciones, cómo aquí, a pesar de estar en período especial, no hacían falta ni policías ni soldados para cuidar las urnas; y en muchos lugares son soldados con ba-



Como en pasadas votaciones, los pioneros volverán a ser celosos veladores de las urnas

yonetas y fusiles, no niños, como Fernandito, los que cuidan las urnas”.

Hoy, a horas de las votaciones para refrendar la Constitución de la República, me ha saltado, una y otra vez, aquella imagen del mismísimo Jefe de Estado depositando su boleta frente al peculiar cuidador de “arcas” electorales.

He cavilado, a la sazón, en el valor gigantesco de los símbolos, porque las pañoletas les pusieron paz a los domingos de escrutinios, los unifor-

mes escolares sepultaron para siempre el traje amarillo de los guardias rurales, de quienes me hablaba con pavor mi querido padre, que en gloria esté. “Solo tenían que pasarse la mano por la cintura para que la gente temblara”, solía decirme él sobre aquellos “protectores”.

También, acaso como otros progenitores, he pensado en mis tres hijos porque ya Mónica, de 14 años, vivió la experiencia de custodiar las cajas en las cuales se depositan los sufragios y

se sintió más que emocionada la mañana en que ayudó a una anciana temblorosa a depositar la boleta en el peculiar baúl. “Fue una jornada linda, en la que aprendí y me divertí al mismo tiempo”, me ha contado.

Ella tiene hermosos sueños de futuro, de Vocacional, Pediatría y crecimiento espiritual, que ni siquiera pudieran ser sopores si unos soldados armados garantizaran “orden y tranquilidad” en las votaciones del país.

Su hermano, Alejandro, de siete abriles, pronto vivirá, como otros 12 mil pioneros de Granma, la sacudida de verse en un colegio electoral, diciendo “votó” con todas las fuerzas de su garganta. Hará que le preparen el uniforme desde la noche anterior, mirará de reojo a su compañerito cuando le salga desafinado el coro, entenderá la magnitud de su labor cuando sobrepase la estatura de sus antecesores biológicos.

La más pequeña de la familia, Selma, de tres años, algún día también se colocará al lado de una urna para sentir la alegría de la madrugada cómplice, la mirada orgullosa de sus padres, el deseo de que el tiempo se apresure para echar a volar fantasías y realidades.

Algún día, como Fernandito, hoy investigador de un centro cultural en La Habana, ellos y otros se empinarán para contar con sana vanidad cuánto se late y se suspira en unas votaciones en Cuba.